

Schopenhauer, su Filosofía y su actualidad en el Pensamiento Contemporáneo

Por: SERGIO SANDOVAL

Nosotros deseamos en nuestra conferencia conmemorar el natalicio de un insigne filósofo alemán, poco conocido quizás en nuestros círculos filosóficos, y con mayor frecuencia mal interpretado. El hombre al cual vengo haciendo referencia es el sombrío pensador Arthur Schopenhauer, quien nació hace 175 años en las frías regiones del norte europeo y cuyo nombre irá para siempre ligado al concepto de la Filosofía Pesimista.

El objeto cardinal de esta conferencia será en primer lugar el de analizar, juzgar, poner de relieve la actualidad de nuestro filósofo y en segundo lugar el de popularizar aún más su Filosofía ante el crítico público panameño y universitario.

A.— EL HOMBRE: SU PERSONALIDAD.

Estimo que es de bastante importancia bosquejar tan siquiera un croquis; pero con delineamientos definidos y generales acerca de su carácter y su vida para comprender mejor su filosofía, y la ética en especial; pero no detenernos demasiado en este punto no vaya a ser que incurramos en la falla que el mismo Schopenhauer critica a aquellos que demasiado entretenidos en la biografía de un filósofo se parecen a los que ante un cuadro artístico se preocupan preferentemente por el marco y las molduras.

La comprensión de la vida y el carácter de Schopenhauer son fundamentales para la percepción íntima de su filosofía, y por eso considero sea una verdadera necesidad hacer unas pequeñas consideraciones sobre ella.

Por otra parte constituye también una verdadera lástima no poder exponerla ampliamente, desde un punto de vista psicológico, como sería mi mayor deseo. Pero entremos ya en materia.

Arturo Schopenhauer nació en Dantzig el 22 de Febrero de 1788 y murió el 23 de Septiembre de 1860, víctima de una apoplejía pulmonar.

Schopenhauer fué un misántropo, descontento siempre de los hombres y de las cosas. Según parece debió heredar de su padre el humor regañón y molesto, que aumentó, indudablemente, en el hijo. Según una teoría de la herencia que el mismo Schopenhauer ha expuesto largamente en la principal de sus obras, *El Mundo como Voluntad y Representación*, de la cual deduce consecuencias prácticas: La voluntad, facultad primordial, es transmitida por el padre, y la inteligencia, facultad derivada y secundaria, procede de la madre. Schopenhauer creía encontrar en sí mismo la prueba de ello, teniendo del primero el carácter y de la segunda el entendimiento.

El carácter de su madre, Juana Schopenhauer, influyó enormemente, en la vida y concepto que de las mujeres se formuló nuestro filósofo. Espiritual, literaria, sin corazón y sin alma (como la llamó Feuerbach) y desprovista de todo hábito de orden, manejo y despilfarró su fortuna, perdiéndola en parte; fortuna que Schopenhauer amaba tanto puesto que solo ella le ayudaría a conservar su independencia, razón por la cual su hijo Arturo no llegó a perdonar jamás la incuria y prodigalidades de su madre. Los prosaicos amores de Goethe en Weimar, amores de los cuales nació más tarde lo que él llamó *Der Sohn der Magd* (el hijo de la criada); las mujeres de costumbres fáciles que conoció en Italia y Dresde; todo esto, unido a su constante evitar la acción y destruir el mundo a base de la extraña teoría de la castidad absoluta, han hecho de Schopenhauer el adversario más temible que en la historia de la filosofía, han tenido las mujeres. Schopenhauer es en verdad severo con las mujeres hasta la injusticia.

Nuestro filósofo también sentía un odio profundo por los judíos y los profesores de filosofía. Pues siendo idealista y pesimista, los judíos representaban a sus ojos la encarnación del realismo y el optimismo; aquella filosofía judaica del *Panta kala lian*, de que el mundo es bueno, era motivo de furia a la vez que una burla sangrienta para Schopenhauer, ya que el era un perfecto budista contemplativo extraviado en el Occidente. Otro odio, quizás más profundo, era el que sentía por los profesores de filosofía, a quienes se complacía en llamarlos, "los sofistas de la época moderna". Schopenhauer, al parecer, no le perdonaba a Fichte, Schelling (quien llamó hipocondríaco a nuestro filósofo) y Hegel, así como a los ilustres discípulos que se agruparon en torno a estos pensadores, el hecho de haberlo dejado relegado a la oscuridad. Casi todos ellos brillaron menos Schopenhauer, de aquí, en parte, su odio por los profesores de filosofía.

Para sus compatriotas, Schopenhauer, era poco apreciado de aquí que se dedicara con gusto a los extranjeros, ingleses y franceses, deleitándolos con su conversación.

Foucher de Caréil, quien conoció personalmente a nuestro filósofo, nos dice de que él era un hombre de buen trato. Habitualmente reservado; y de un natural tímido hasta rayar en la desconfianza, no se espontaneaba sino con sus íntimos o con los extranjeros de paso por Frankfort. Sus movimientos eran vivos, y aparecían en la conversación de una petulancia extraordinaria; evitaba las discusiones y las disputas más sólo para gozar mejor del placer de las conversaciones íntimas.

Poseía y hablaba con igual perfección cuatro idiomas: el francés, el inglés, el alemán, el italiano; regularmente el español. Cuando hablaba familiarmente, la fantasía del anciano bordaba, sobre el coñamazo un poco toscos del alemán sus brillantes arabescos latinos, griegos, franceses, ingleses e italianos. Había en ella tal atractivo, tal profusión de agudezas, tal riqueza de citas y tal exactitud de detalles que se pasaban las horas sin sentir, habiendo sucedido más de una vez a sus amigos íntimos estarle escuchando hasta medianoche, sin que se pintara la fatiga en el rostro de ninguno, y sin que disminuyera por un solo momento su atención. Su palabra, pura y acentuada, cautivaba al auditorio: pintaba y analizaba al mismo tiempo; acrecía su fuego una sensibilidad exquisita, y era exacta y precisa en toda clase de asuntos.

En suma, Schopenhauer, por su carácter como por sus odios y paradojas, es una de las figuras más originales de la historia de la filosofía.

B.— CONCLUSIONES CAPITALES DE SU FILOSOFIA.

Todos los doctores en Sabiduría de todos los tiempos han considerado que la Filosofía, Metafísica, Teoría del Conocimiento, etc., no es mas que una preparación, preludios a las consideraciones morales. De aquí, que Schopenhauer no sea ninguna excepción, y que debemos considerar en él antes que su Etica propiamente dicha, la cual es en él lo más representativo y actual, una serie de principios generales de su filosofía unidas en trabazón lógica, que a su vez, son la osamenta necesaria y obligada, sobre la cual fundaremos sólidamente su moral: pues lo Etica Schopenhaueriana con relación a su Gnoseología, Metafísica y teoría de lo bello o estética, puede decirse cumplidamente lo que los antiguos decían de la fabulosa Roma: Todos los caminos conducen hacia ella.

1. Gnoseología y Resultados:

En primer lugar, debemos aclarar que Schopenhauer considerábase discípulo de Kant, y no solo se considera ésto, sino que reitera constantemente que solo él es la descendencia legítima del gran maestro, del genio;

pues sus contemporáneos, Fichte, Schelling y Hegel no son más que la descendencia bastarda, ya que éstos pseudo-filósofos, no comprendieron el sentido de la Filosofía Kantiana y se aprovecharon de las sosías del sistema para pelear impunemente.

Schopenhauer considera que no se puede ser adulto, sino se ha estudiado y sobre todo comprendido, la obra Kantiana. El efecto que produce la lectura de Kant, nos asegura Schopenhauer, es semejante al de la operación de la catarata sobre un ciego; causa en nosotros un renacimiento intelectual. Desde Kant existe un nuevo modo de filosofar.

No obstante, su admiración por Kant tiene sus reservas, pues nuestro filósofo, en su Apéndice sobre la crítica Kantiana, y con no poca frecuencia a través de la exposición de su obra cumbre dirige la inculpación capital al filósofo de Königsberg de que en la segunda edición de su Crítica de la Razón Pura, hizo concesiones que no armonizaban con sus primeros argumentos: Michelet de Berlín, Kuno Fischer y Rosenkrans son del parecer de Schopenhauer; aunque Ueberweg, entre otros, opinan distinto.

Schopenhauer opina que el mayor servicio que Kant ha hecho a la Filosofía ha sido la profunda distinción de la Cosa en sí, el Noúmeno, en Contraposición a lo aparente, o el fenómeno; o sea, la diferencia existente entre lo que es, y lo que parece. En verdad, que anteriormente Platón ya lo había hecho, pero no con el rigor matemático e indubitable como lo había hecho el Magister. Pero sucede, tomando nuevamente el hilo de nuestra exposición, que entre la Cosa en sí, Das Ding an sich, y nosotros media la inteligencia; y que en consecuencia lógica, aquella, la cosa en sí, no podría ser nunca conocida tal como ella es en su verdadera esencia; pero (aquí entra Schopenhauer a bailar la danza, y con las sinceras pretensiones de modificar fundamentalmente la obra Kantiana) resulta que Kant ha llegado al conocimiento de la cosa en sí por una consecuencia, pues dedujo la cosa en sí, a base del principio de la causalidad, categoría del entendimiento humano, cosa que, precisamente él mismo había liquidado señalándola como una mera condición de la realidad plañificada; y que no había podido reconocer que eso Ding an sich no era más que algo parecido a las afecciones humanas, y cuyo último fondo era la Voluntad: fuerza metafísica que alimenta la vida de todo lo existente.

Sin embargo, Kant había ganado otro laurel más para su corona de profundo pensador cuando demostró que la conducta moral del hombre, y por ende, el fondo, el contenido de sus afecciones son independientes de las leyes que regulan los fenómenos del hombre y la Naturaleza, y que en consecuencia están libres a las influencias de las categorías del entendimiento, obriendo de esta suerte, un leve resquicio para que nosotros

podamos penetrar con muchos esfuerzos, como a traición, de contrabando, al recinto del fondo metafísico y tomar, como quien dice, la plaza por sorpresa.

Schopenhauer admite como legítima la teoría de la idealidad del espacio y el tiempo de Kant, y que éste considera como condiciones y maneras de representarse las cosas en nuestros cerebros, y no atribuírsela superficialmente a las cosas mismas como hace el vulgo; sin embargo este punto de vista tan profundo pudo ser explicado más sencillamente, y no hacer como Kant, que todo lo complica y enreda cuando de las instituciones pasa a la esfera del pensamiento. Según Schopenhauer, Kant se enfrasca en una innecesaria logomaquia de vocablos y torturas lógicas.

En resumen pues, Schopenhauer ha aceptado los resultados definitivos y permanentes, de la Filosofía Kantiana: a) Necesidad de un análisis del entendimiento humano para determinar sus límites. b) Descubrimientos de formas regularizadoras apriori de la experiencia. c) Imposibilidad de traspasar la experiencia a base del entendimiento humano. d) La existencia de la Cosa en sí. Pero además de esto Schopenhauer se considera capaz de sobrepasar a su maestro, y después de aceptar los principios Kantianos acerca de como será posible la Metafísica, acomete el arduo trabajo de construirla, de edificarla sobre, lo que él considera bases sólidas.

Hasta aquí, y sintéticamente bosquejada, la Gnoseología Schopenhaueriana, que como se ha podido apreciar, procede directamente de la Kantiana; ahora entraremos en su Metafísica y rastreamos los elementos imprescindibles para la configuración unitaria de su edificio filosófico.

2. Metafísica y Resultados:

Ante todo, Schopenhauer empieza por hacernos ver que la Metafísica no es un simple entretenimiento de gentes ociosas, sino que sus problemas son de gran importancia mal que les pese a muchos pensadores.

El hombre, nos dice Schopenhauer es "ein metaphysisches Tier" un animal metafísico, él es de todos los seres creados el único que se asombra e inquiere por la razón de su existencia. El hambre, la sed inextinguible y metafísica que siente el hombre es satisfecha por dos grandes instancias del hacer humano, una de ellas es la Religión y la otra es la Filosofía. Pero nosotros sabemos que las cuestiones religiosas, con sus principios, catequizaciones y templos, son los elementos más importantes de la vida espiritual de la humanidad, hay que aceptar que los estudios filosóficos-metafísicos envuelven un interés de primer orden, ya que la Religión es una usurpadora del trono que legítimamente, de derecho, pertenece a la Filosofía. La Religión es la Metafísica del pueblo, y la Metafísica es la religión del hombre reflexivo, del pensador profundo.

Tenemos pues, según Schopenhauer, que la necesidad metafísica del hombre es satisfecha en su forma inferior por la Religión, y en su forma superior por la Filosofía metafísica. Pero por el momento ocupémonos de su pensamiento metafísico puro o lo que él llama, la satisfacción de la necesidad metafísica del hombre en su forma superior.

La verdadera ciencia filosófica, opina Schopenhauer, la que nos enseña a conocer la última realidad del mundo y nos eleva sobre los fenómenos no se pregunta en lo absoluto ni de donde viene el mundo, ni hacia donde va, ni por qué es, sino simplemente qué es.

La filosofía ha de partir para los efectos de la resolución del enigma del universo de los hechos, datos percibidos exteriormente, y no hacer, como en el caso de los místicos que parten de los hechos excepcionales; en consecuencia, debe ser siempre una "cosmología", sin convertirse jamás en una "teología". La filosofía deberá pues, aclarar lealmente la esencia del mundo y nada más.

El gran descubrimiento que hace Schopenhauer al auscultar la esencia metafísica del mundo, es su célebre Voluntad, Der Wille, "su Tebas de cien puertas".

Pero sucede que después de Schopenhauer haber descubierto, por así decirlo, la esencia del mundo y a la cual le atribuye todo, se apresura en confesarnos que esa esencia, esa Voluntad, en si misma no puede ser conocida en última instancia con medio alguno, en fin, no se puede saber de ello ni cual es su causa eficiente, ni cual su causa final; pero sin embargo el mundo no es mas que un reflejo de la esencia que el hombre puede conocer de una manera imperfecta. De aquí que Schopenhauer llame a su filosofía, un dogmatismo inmanente, ya que él se propone permanecer al margen de la experiencia y explicarla, relacionándola con sus últimos principios, y no como el dogmatismo transcendente de Fichte o Hegel, que sin auxilio de la experiencia, pretenden elevarse por encima de ella y explicarla a base de hipótesis gratuitas o con vanas abstracciones teológicas; la filosofía metafísica Schopenhariana, es pues, una interpretación de los datos de la experiencia.

Según Schopenhauer, la totalidad de la experiencia puede semejarse a un complicado jeroglífico que la filosofía tiene el deber de descifrar, y la clave usada será tanto más correcta cuanto más cantidad de hechos haya explicado; ésto es la piedra de toque Schopenhariana para demostrar si un sistema es verdadero o no; y el suyo, nos dice, lo es pues explica numerosos hechos que de otra manera quedarían sin comprensión.

Schopenhauer rechaza como absolutamente falsa la oposición entre espíritu y materia, el mundo, según él filosóficamente hablando, se divide no en pensamiento y extensión, como quieren Descartes y su escuela, sino

en mundo real, lo nouménico, independiente de todo conocimiento; y el mundo ideal o aparente (representado, conocido, pensado); en lenguaje Kantiano, todo ésto significa, la oposición de la cosa en sí y el fenómeno.

Tanto los materialistas como los espiritualistas derivan su mundo de una manera de la representación del sujeto; no hay en realidad, ni espíritu, ni materia: ambas son cualidades que de por sí no explican nada. Veamos el caso de lo matemático; en sí mismo es comprensible porque tiene su raíz en el mismo sujeto que determina apriorísticamente; pero en cuanto se trata de traspasar la esfera de lo apriori caemos en un laberinto de incertidumbre: la pesantez, la impenetrabilidad de los cuerpos, etc., todo es un mar de confusiones e inexplicabilidades: lo mismo que los sentidos y la inteligencia perciben es un fenómeno enteramente superficial, que deja intacta la esencia íntima de las cosas. Si en la cabeza humana se ha colocado, a manera de esencia, un espíritu absoluto pensante, tal como lo hiciera Descartes, podría colocarse también sin objeción lógica un espíritu en cada piedra; y viceversa, si la materia inerte puede obrar como pesantez y electricidad deberá aceptarse forzosamente, que ella puede pensar como ser humano. De aquí que a cada materia pueda atribuírsele un espíritu y a cada espíritu una materia; la oposición, es pues falsa y vulgar, son hipótesis vacías que deben ser borradas del lenguaje filosófico.

Con relación al yo, al cual llamó Kant la unidad sintética de la apercepción, es un punto indivisible y simple, no es una realidad, no es una substancia (un alma) es simple y llanamente un estado; y este yo lejos de ser primario y primitivo como diría Fichte; es de naturaleza terciaria, pues antes que él es el organismo que los produce, y antes que éste es la Voluntad. Pero qué es en definitiva ésta Voluntad? Ella es la esencia del mundo que ha producido el organismo con su cerebro, cuya función es producir el fenómeno de los fenómenos, la materia, la fantasmagoría de lo aparente, y que es tan fina y poderosa que con la sola excitación de alguna de sus moléculas sirve de sostén al mundo objetivo. La Voluntad Schopenhariana, dicho sea de paso, ha comenzado a ser redescubierta y considerada por la crítica filosófica contemporánea como el concepto físico de la fuerza. La Disertación presentada por mí a la facultad de Filosofía de la Universidad de Hamburgo a principios del año de 1962, la cual constituye un riguroso estudio de la metafísica Schopenhariana, trata precisamente de demostrar de que el Concepto de Voluntad en Schopenhauer se identifica plenamente con el moderno concepto de la Energía de las ciencias naturales.

La Voluntad o en términos científicos la Energía, estará aprisionada dentro de su propio cerco metafísico y en su manifestación (el mundo) se nos presenta como: a) idéntica, b) indestructible, y c) libre.

a) La Identidad (Die Identität) de la Voluntad en la Naturaleza:

Todas las cosas en el fondo tienen un idéntico principio y esa identidad de todas las cosas es la Voluntad. La Voluntad va objetivándose por grado en todas las cosas hasta llegar a su máximo grado de objetivación, que es el hombre.

Este principio energético es un principio ciego e inconsciente, el cual durante los periodos más antiguos del globo terrestre, anteriormente a la época del granito, estuvo limitado a las formas más bajas de la existencia, las fuerzas ciegas de la naturaleza tenían por escenario de lucha la masa entera del universo, luego a manera de lapidaria mortuoria y funeraria, y cuando hubo terminado el colosal conflicto, la Voluntad de vivir (Der Wille zum Leben) se objetivó en las plantas, después de haberlo hecho en los planetas; luego en la vida animal en el mar con sus grandes cetáceos; luego lo creó en la tierra con sus reptiles gigantescos, etc.; y por último llegó paulatinamente a su máximo grado de objetivación, que es el hombre, después de haber pasado por el mono: grado de objetivación del cual no se puede concebir otro mayor, pues de ser así, la vida sería harto deplorable para el hombre.

Así pues, un mismo principio, la Voluntad en el universo le pertenece en su totalidad como una objetivación de la misma; en el grado inferior, los fenómenos de que se ocupan la mecánica y la astronomía; y luego pasando por la física, la química y la biología, llega a alcanzar, por último, el grado de la poesía y de la música. El drama, la epopeya, la novela y la gran música, con su sistema dinámico-sentimental, nos pintan el carácter individual del hombre y por ende, la Voluntad, porque la Voluntad de vivir y hombre, en esencia, son una misma cosa.

b) La Indestructibilidad de la Voluntad:

El segundo carácter de la Voluntad, Die Unzerstörbarkeit, se debe comprender dentro de los límites de sí misma. La Voluntad en su propia esencia es indestructible porque está fuera del tiempo, del espacio y de la causalidad; ella es un eterno presente, un constante nunctans; las cosas nacen y mueren en el mundo del fenómeno; gracias al principium individuationis del cerebro humano se nos muestra como copartimentada y mudable una realidad que en su esencia última es una, en el sentido de que no es plural, e indestructible y eterna, en el sentido de que ella de por sí es ajena al tiempo y a la distancia. Por eso decía Platón que el trabajo filosófico por excelencia era por una parte, la reducción de la pluralidad en la unidad; y por la otra, la contemplación eternamente indestructible de la Idea.

Tal es el caso del hombre, muero yo, muere el estudiante, pero la especie, la Idea en el sentido platónico de la palabra es eterna: el individuo es para la especie, para la Idea, lo que el sueño pasajero para el que sueña.

Ahora bien, así como sucede con el hombre, sucede con todas las cosas, ya que ellas tienen su idea, su especie, que a su vez no son la Voluntad en sí misma, sino el grado de objetivación más cercano a su primitiva esencia. De aquí que en principio, como especie; pero nunca como individuo, la vida, y por ende nosotros, seamos inmortales.

c) La Libertad de la Voluntad:

Para Schopenhauer, la Voluntad en sí misma es libre, absolutamente libre como cosa en sí, puesto que ella como sostén universal del mundo no está sometida a los efectos del tiempo, del espacio y de la causalidad; donde existe el riguroso determinismo, la finalidad obligada, el fatalismo; variedad sin fin, nacimiento y muerte, es en el mundo del fenómeno, en el mundo del parecer. Pero nuestro estudio de la Libertad de la Voluntad (Die Freiheit des Willens) debemos hacerlo más extensamente, solo que este no sería el lugar más apropiado: lo más indicado sería tratar este problema fundamental en nuestra sección destinada a la Ética.

En general, sobre los aspectos o características de la Voluntad anteriormente tratadas: la Identidad, la Indestructibilidad y la Libertad, nos será forzoso volver a discutir sobre ellos, en la sección Moral; pues ya tendremos oportunidad de apreciar la forma en que estas tres características, en trabazón lógica operan en la formulación de la singular ética Schopenhariana.

Ahora dos palabras con relación a su Estética.

3. Estética y Resultados:

En primer lugar, en Schopenhauer la Voluntad de la Naturaleza se convierte en maestra de estética cuando detenemos nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad en la contemplación de las Ideas platónicas, especie de principios mixtos que la sensibilidad artística puede captar, y por ello participan de la Voluntad, de lo supra-humano, y que son su expresión más adecuada. La misión del artista, ya sea en la Arquitectura, Pintura, Plástica, Escultura, Poesía o Música, es tender hacia la Idea, hacia ese plano supra-humano, divino, hacia ese símbolo de luz; debe pues imitar, no a las cosas mismas, sino a la Idea a través de ellas: el artista modifica la Naturaleza. Pero a su vez este bálsamo aquietador que se produce en el alma del artista contemplativo e impersonal, esa progresiva elevación al mundo de lo bello y lo sublime, le permite al genio artístico olvidarse de las miserias de la vida: en el arte, en la producción y contemplación de la belleza se verifica la primera luz de redención, pues gracias a él, al arte, nos purificamos e impersonales. Solo que ese olvido, esa momentánea renuncia a las cosas, no dura mucho tiempo, pues la vida con sus cons-

tantes cuidados y preocupaciones nos hace volver a la realidad y recordar nuestra mísera existencia. De aquí pues, que el arte con su entusiasmo inocente, noble y placentero, no sea más que, la primera etapa en la consecución del quietismo de la Voluntad, de la renuncia de todo lo negativo de la vida, cosas que se logran definitivamente con el ascetismo y abstención rigurosa. Por eso la belleza, para el verdadero artista, es como el primer rayo de luz celestial de la bienaventuranza eterna: es la iniciación en el mundo superior y transcendente de la contemplación semítica, pura e impersonal y de la cual hacía Aristóteles el ideal de la vida humana, pues él como todo buen griego, sostenía que la bondad es también belleza.

C.— LA ETICA

Se considera generalmente que la Moral, nos dice Schopenhauer, es la parte práctica de todo sistema de filosofía, la que nos enseña las normas que debemos seguir; no obstante esto no es cierto, pues la misión propiamente dicha del pensamiento filosófico es mantenerse en el plano de lo teórico; y de la misma manera, como los libros y la técnica no hacen buenos pintores o poetas y músicos, en esa misma forma los tratados de moral no harán a los hombres más virtuosos, más santos o más buenos por el solo hecho de haber leído o asimilado sus reglas. Por tanto que no se espere de nuestra exposición un tratado de moral, un sistema de reglas normativas dadas con la tendencia a regir la conducta humana; pues la historia nos ha demostrado ampliamente que no nos debemos llamar a engaño y hablar tontamente de una "ley de libertad humana" o de una doctrina de los deberes, pues éste es el lenguaje propio para los pueblos que todavía viven en la época de la adolescencia, y no para nosotros que tenemos todas las prerrogativas de haber alcanzado la madurez y virilidad necesarias para aceptar la verdad por la verdad misma.

1. Voluntad, Moral y Antítesis de la Afirmación y Negación de la Vida:

La Voluntad en sí misma es un principio ciego e Inconsciente que tiende a la producción de las cosas por una especie de necesidad interna: pasa al reino de lo inorgánico, luego a los vegetales y de pronto, de golpe, se eleva a su máxima objetividad; este grado supremo de objetivación es el hombre, y es allí donde ella misma, la Voluntad, se hace consciente de su propia existencia; comprende que por ser ella una fuerza ciega, en la vida del hombre todo será un perpetuo anhelar, que en la vida todo será dolor y desilusión; y que los objetos que se nos presentan como promesa de felicidad futura, no tienen más consistencia que el aplatinado rayo de luna proyectado sobre la superficie de un lago azul. Por eso no nos queda otro remedio que escoger entre una de dos cosas: primero, o afirmar y amar la vida en una forma consciente puesto que ya sabemos lo que es,

o sea, la afirmación del querer vivir (Die Bejahung des Willens zum Leben), y segundo; que después de haber esclarecido el propósito de la vida y la Voluntad a la luz del entendimiento humano, después de haber dilucidado claramente los motivos que nos mueven a la acción, en fin, después de haber comprendido la inanidad de la existencia, neguemos el querer vivir (Die Verneinung des Willens zum Leben) para así alcanzar el perfecto estado de reposo, de tranquilidad espiritual, la luz de redención que regularmente irradia, cual límpido manantial de dicha, en los nobles rostros de los mártires, santos y sianassis de las dos grandes religiones del mundo: El Cristianismo y el Budismo.

He aquí pues, como Schopenhauer con su tesis de la negación y afirmación de la vida se nos introduce a merodear de lleno en el pleno Oriente, embriagándose como el que más con el vino de la exótica Filosofía Budista.

En realidad, todas las escuelas de la India, desde el sistema Vedanta hasta el Sania ateo de Kapila, tienen por primordial propósito la liberación humana por dos grandes medios inseparables el uno del otro: la inacción y la Ciencia. Reconocer que todo es nada y en consecuencia de ello no obrar.

Es preciso advertir, que esta antítesis, la de la afirmación o negación de la vida, constituye en Schopenhauer el punto más elevado de su Moral y por la cual juzga y clasifica las acciones humanas.

En el más bajo fondo de la vida está el egoísmo, que en esencia no es otra cosa que la afirmación ardiente del querer vivir. Pero este querer vivir, elevado a la potencia del egoísmo, es la fuente de toda maldad y de todo vicio; y se basa en la creencia errónea de que él y los otros difieren en esencia, cuando la verdadera realidad es que todas las cosas tienen un único principio. El egoísta todo lo sacrifica a su propio yo destruyendo así fuera de sus territorios toda clase de principios morales. Para entrar al dominio de la moralidad precisase reconocer que el yo y el todo, fantasías del mundo fenoménico, y sometidos a los principios de individuación del tiempo y el espacio, son nada; y que todo lo existente no es más que la manifestación de la Voluntad: esencia maligna del mundo que se complace en atormentar las criaturas humanas.

Por el contrario, la verdadera y auténtica base de la moral son: la piedad (Die Mitleid) y la Caridad (Menschenliebe). La Piedad, nos asegura Schopenhauer, es ese hecho misterioso y extraño que se verifica en nuestros corazones cuando estamos en presencia de un grande y doloroso sufrimiento ajeno. En ese mismo preciso instante, las líneas egoístas de separación entre nuestro Yo y el prójimo desaparecen, y es entonces cuando nuestras almas se funden en una sola; y el dolor ajeno es visto por

nosotros como nuestro y corremos con el corazón plétora de sentimientos piadosos a socorrerlos; y eso es así, porque el hombre de una manera confusa y emotiva ha comprendido que él y los demás, en el fondo, son una misma cosa. De aquí que las religiones orientales, y especialmente la Hindú, comprendiendo esta profunda verdad, hiciera desfilar a todos sus iniciados frente a una piedra e hiciera pronunciar las siguientes enigmáticas y sacrosantas palabras: "Tat Twam asi."

La piedad es el cristalino manantial, el florido jardín, donde se alimentan y pacen los principios de la Caridad y Justicia. La Justicia es un deber pesado, y por eso es el primer paso que se da hacia la resignación absoluta, la negación absoluta del querer vivir, la renuncia del mundo, que es por decirlo así, el promontorio más elevado de la montaña de la Moral: su Bello Sumum Bonum. Así lo han comprendido los profundos místicos de las dos grandes religiones del mundo, Cristianismo y Budismo, razón por la cual vemos a sus santos penitentes, anacoretas y ascetas quebrantar la fuerza del querer vivir, de la Voluntad: de aquí que estos grandes hombres, a pesar de que sus conceptos estén envueltos en un fárrago de mil y una supersticiones, merecen nuestro respeto y nuestra admiración; pues su conducta filosóficamente hablando, tiene más valor que todos los escritos de un Plutarco o de un Tito Livio.

El más alto grado de la negación de la Voluntad de vivir, esa dura ley de las cosas, se nos revela en el mantenimiento riguroso de la castidad absoluta, así como la afirmación rotunda del querer vivir en la satisfacción del acto genésico, acto mediante el cual venimos a la vida.

2. La Libertad:

Pero, y adonde se encuentra metida, la libertad Schopenhariana? ¿Será que no la hay? Por extraña que nos parezcan los delineamientos generales de la moral anteriormente trazada, en Schopenhauer sí hay una libertad, y ella se puede ver en los mismos cuadros de ascetismo que él tan dramáticamente nos ha pintado.

Según Schopenhauer, donde existe la verdadera libertad es en la cosa en sí, o sea, en el Mundo de la Voluntad en tanto que esencia; la libertad no es un cuento ideado por los filósofos, lo que sí constituye una crasa ignorancia es buscarla en el mundo del fenómeno como superficialmente suele hacer el vulgo. De aquí, que Schopenhauer, formule su célebre principio, basándose en la coexistencia de la libertad (en la Cosa en sí) y la Necesidad, en el mundo sensible: "Im̄ esse nicht im operari liegt die Freiheit". La Libertad está en el Ser y no en el hacer. Este principio en Schopenhauer es fundamental, sin comprender este principio nos sería imposible comprender su filosofía del hombre, y hasta gran parte de su Moral. De aquí en adelante tengámoslo pues, siempre presente.

Este poderoso y majestuoso mundo, con todos sus soles, refulgentes estrellas y planetas, no es más que la objetivación de la Voluntad de vivir en sus diferentes grados o estados; pero esa Voluntad no se puede definir a base de nada que exista dentro del cerco de su manifestación, pues absolutamente hablando, permanece Incognoscible a los ojos del entendimiento humano; ella no es un fenómeno, ni una idea, ella es lo que Kant denominó la cosa en sí, acepción aceptable, y que no está sometida a las condiciones de espacio, tiempo y causalidad, razón por la cual está ella, la cosa en sí, fuera de toda Necesidad, pues las condiciones del cerebro humano constituyen el arroyo del cual brota toda necesidad: de aquí, que en este sentido, la cosa en sí sea libre. El concepto de la libertad en Schopenhauer viene a ser meramente negativo. Pero a su vez sucede, que el mundo de la objetivación de la cosa en sí, sometido forzosamente a los principios de razón del entendimiento humano, es el mundo en el cual se enseorea el despótico monarca del Determinismo, la Necesidad soberana, el duro fatalismo. Lo anteriormente leído en términos cristianos podría traducirse en los siguientes términos: "Dios es libre, el hombre dependiente". Porque para Schopenhauer, la Voluntad en tanto que principio de todas las cosas, es su Dios, solo que en este caso no sería un ángel de bondad, sino un perfecto malvado.

Ahora bien, llevemos estos conceptos a la esfera de la Filosofía del hombre.

El hombre no solamente es un manajo de datos sensibles y apariencias, que vive extraviadamente en el mundo fenoménico, el en sí mismo, es algo fuera del tiempo, del espacio y la causalidad; ahora bien, ese ser (esse) del hombre es precisamente lo que Kant llamó carácter inteligible del hombre, concepto que Schopenhauer respalda ampliamente, en contraposición al concepto del hombre en tanto que actúa u obra (operari), o sea, traducidos en términos Kantianos, carácter empírico.

Ahora bien; el hombre en tanto a carácter inteligible es libre; pero en tanto que convive en el mundo de la fantasmagoría universal, o sea desde el punto de vista del carácter empírico, es un necesitado. Porque de la misma manera como en el mundo del fenómeno todo objeto natural tiene sus propiedades o caracteres determinados, y que también responden a determinados influjos, en esa misma forma el hombre tiene su carácter y manera específica de responder a los influjos de los motivos. Luego entonces, concluyamos: La libertad Moral no debe ser buscada en la Naturalidad de lo físico; sino en el mundo metafísico. Pero recordemos el postulado principio: "Im esse nicht in operari leight die Freiheit".

3. Dolor, Placer y Mundo:

Como ya hemos visto, la esencia del mundo es la voluntad; pero ella en sí misma es una especie de fuerza constantemente aplicada, es un

esfuerzo, es un constante realizarse para las cosas, pero en su trayectoria encuentra obstáculo (obstáculo de ella misma, puesto que todo es Voluntad, y la Voluntad lo es todo: lucha de la materia contra la materia misma); los obstáculos constituyen el dolor; todo lo que le permite lograr su objeto le llamamos placer, bienestar, satisfacción. De aquí, que los fenómenos del dolor y el placer sean dependientes de la Voluntad; y de tal manera, que los dolores y placeres serán tanto más completos cuanto más completa sea la Voluntad; pero como la Voluntad de vivir, es fuerza, o sea esfuerzo, que es igual ansia, o sea, carencia de algo; luego, entonces ella es necesidad (puesto que: carencia es igual a necesidad); pero como toda necesidad no satisfecha engendra dolor, y aún cuando esta necesidad haya sido satisfecha, sólo lo será por un espacio de tiempo limitado renovando nuevamente su ronda de dolor y de angustia; se tendrá que deducir lógicamente, a pesar nuestro, "que toda vida es por esencia un dolor" y que entre el deseo, la satisfacción, y el apareamiento de un nuevo deseo, y en consecuencia, de un nuevo dolor se pasa la vida.

Vivir, es pues en esencia querer, desear, y por tanto sufrir.

Cuanto más elevado es el ser más sufre: en el reino inanimado no encontramos sensibilidad, por tanto el sufrimiento y el dolor no existen. Los animales inferiores como los infusorios y radiados, sienten ya el dolor en cierto grado: los insectos lo sienten también ya más, y a medida que el sistema nervioso se desenvuelve y la inteligencia aumenta su capacidad, aumenta también el dolor: por eso, entre todos los seres creados el que más sufre es el hombre, y de los de entre su raza, los genios, puesto que son los más capaces y sensibles: ya lo dijo Lord Byron, "el árbol de la sabiduría da frutos amargos". "Cuanto más medites más te ensombrecerás. . .", dijo Nietzsche brevemente.

El querer y el esfuerzo, que son la esencia entera del hombre, se parecen a una sed inextinguible: el fundamento de todo su ser es la necesidad, la deficiencia, el dolor; y por lo mismo que es la objetivación más completa de la Voluntad, es también el más necesitado de todos los seres. Es el hombre pues, en su conjunto, un agregado de mil necesidades, un querer y una necesidad concreta. Su vida no es más que una lucha perpetua por conservar, a todo trance, una azarosa existencia y con la seguridad de perderla al fin.

De manera que siendo la vida un esfuerzo, y siendo todo esfuerzo un dolor, solo el dolor es lo positivo, y el placer lo transitorio y negativo. Prueba de esto podemos encontrarlo en el arte, y particularmente en la poesía que es el espejo límpido que refleja con fidelidad los tormentos del mundo.

El Drama y la epopeya nos narran miles de sufrimientos sin fin; siempre nos presentan estados dolorosos del ser humano, y nos hacen ver con

sus escritos, y a través de un ejemplo concreto, la verdad de la regla. La Felicidad no existe; tales fueron las obras de Shakespeare, Lamartine, Goethe, etc.

La música también nos habla íntimamente de los flujos y reflujos del dolor humano.

La vida, en el fondo y en apariencia, es una guerra sin cuartel, cada hombre es una tumba viviente de su prójimo; existe un estado de constante caza y en donde a la vez que somos verdugos también somos víctimas, no hay paz ni verdadero descanso, hasta que un buen día estalle nuestro planeta en mil pedazos, y se sumerja la existencia en la noche infinita de la Inconsciencia absoluta; en términos orientales, en el Nirvana de los Indúes, o en términos Cristianos, en la ciudad de Dios de San Agustín.

4. Negación de la Vida y Religión:

Después de haber llegado a este punto de la exposición del sistema de Schopenhauer, es decir, a la conveniencia del no ser para el género humano, no hay más remedio que pensar en el suicidio como lo mejor. Pero sin embargo nos equivocamos de plano, pues nuestro filósofo no solamente está lejos de proponernos semejante actitud, sino que se apresura en combatirla.

Schopenhauer, con la profundidad que lo caracteriza nos dice que el suicidio lejos de ser una auténtica negación de la Voluntad de vivir, es la manifestación más potente de la afirmación de la vida. El hombre que se suicida quiere realmente la vida: lo que él no quiere es el dolor, es decir, lo que él no quiere es el dolor que la vida le proporciona; pero ésto no es negar la Voluntad de vivir, ya que él opina de que si no hubiese problemas, el aceptaría vivir eternamente: ha negado al individuo, pero nunca a la esencia, a la especie.

Este fondo de egoísmo incurable; esta contumaz huida frente al dolor, es lo que han condenado, sospechando esta gran verdad los sistemas morales y principalmente los principios religiosos, solo que para fundamentar esta verdad se han basado en razonamientos sofisticos.

Pero de todas maneras, metafísicamente hablando, el suicidio es una simpleza y una tontería; puesto que el individuo en su arrebato, en su ciego dolor cree ver en los sepulcros el símbolo de la paz perpetua; y se olvida ignorantemente, que la Voluntad es indestructible y que constantemente renueva a sus creaturas preparándolas a tormentos sin fin; y que por lo tanto, él, el individuo saldrá de la fosa, renacerá nuevamente, y empezará su ronda del martirio.

No hay dice Schopenhauer, transmisión de almas, o sea, del sujeto, pues si así fuera, habría que aceptar una multitud de absurdos, tales como

que tendríamos que guardar en la memoria, recuerdos de nuestra existencia anterior; de aquí que la Metempsicosis, entendida como trasplante de almas sea un falso mito; pero lo que sí es cierto, es que siendo la Voluntad Sempiterna e indestructible, y la inteligencia (lo que se da en llamar alma) un producto de ella, o sea, un derivado, cuando el individuo muere su carácter, su Voluntad, se desliga de su Inteligencia, y en el transcurso después de la muerte, en la evolución de la Voluntad, reaparece, renace nuevamente y se hace de una inteligencia, que claro está, la misma Voluntad ha producido. De aquí pues, que no guardemos recuerdo de nuestra existencia anterior, ya que la Inteligencia, como cualquier otro objeto físico es perecedero y mortal. Por eso Schopenhauer llama a su doctrina Palingenesia y no Metempsicosis, el cual es un término más exacto: el Budismo esotérico es propiamente una Palingenesia que descansa sobre una base moral, y esta doctrina es tan vieja como el mundo; tan vieja que más de un misionero anglicano ido al Asia la han considerado sin madre, sin padre y sin genealogía. Pero como la Palingenesia es una doctrina demasiado sutil para el vulgo, de aquí que se le reemplazara por la Metempsicosis, ya que siendo más vulgar sea, en consecuencia, más fácil de comprender.

El Brahmanismo, los druidas, y hasta el Edda Escandinavo, la religión Budista, las religiones de América, así como los negros de África, hacían profesión de la Palingenesia, o por lo menos, tenían vestigios de ella.

Ahora bien; admitida la palingenesia, se comprende la inutilidad del suicidio, ¡Vano espejismo que nos muestra la oscuridad inmensa!; de aquí que el único modo de llegar al aniquilamiento absoluto sea: el conocimiento.

La Voluntad de Vivir, después de haber evolucionado bajo el manto de la Inconsciencia por mil y un caminos diferentes, llega al cerebro del hombre y se plantea, cuando ya se ha posesionado de la comprensión de su dolor, la siguiente disyuntiva: afirmar o negar la vida; el *Be or not to Be* de Shakespeare. Hay pues, que escoger entre perpetuar el dolor y el reposo definitivo. Ahora, si escogemos el segundo (pero siempre a base de un conocimiento intuitivo y nunca reflexivo en virtud de un querer superior, no ajustado a ninguna clase de preceptos, hemos entrado "al reino de la Gracia", como dicen nuestros místicos: el mundo se nos ofrecerá ante nuestros ojos como verdaderamente moral, comenzaremos nuestro hacer moral por la Caridad y la Piedad, y culminaremos con el ascetismo: cumbre de la negación absoluta, que a su vez conducirá al "Nirvana Indúe", a la liberación.

Pero sólo los hombres son capaces de darse cuenta de la problemática de la afirmación o negación de la vida, y los animales nunca; de aquí que Schopenhauer, profese el concepto extraño y para mí un tanto incompre-

sible, de que redimiéndose el hombre, también se redime la creación entera; y se complazca en citar el oscuro, pero maravilloso pasaje del más grande de los teólogos alemanes: Meister Eckard.

“¡Hombre, todo te ama! En torno a tí todo se apiña, todo corre hacia tí, para llegar a Dios.”

La religión cristiana ha querido magníficamente simbolizar esta gran verdad, enseñando por intermedio de sus sacro-evangelistas, que Cristo, el Hijo de Dios reencarnó en un hombre, para que comprendiésemos que la redención posible no es divina, sino humana. Es inútil que pidas ayuda al cielo, redímete por ti mismo.

Schopenhauer, considera el Budismo como la traducción filosófica de su filosofía. El gran Buda ha reconocido la identidad de todos los seres en su Tat twam así, tú eres todo; condenando así el egoísmo y la maldad; expulsa a los cuatro vientos que la simpatía universal debe ser nuestro principio y la caridad nuestra panacea para combatir los dolores sin cuento de la Humanidad.

El príncipe Buda predicaba además la mansedumbre, la misericordia, sentir como nuestros el mal ajeno, la conmiseración, la dulzura, la indiferencia en alto grado.

Buda opina, que todo fenómeno es vacío; y que la existencia es un dolor, y que la causa del dolor es el deseo, y que el dolor puede cesar por el Nirvana: alcanzado solo por la contemplación y finalmente por el éxtasis. Buda ha sido quien ha dicho las siguientes hermosas palabras:

“Los deseos, son como una gota de rocío; no duran mas que un instante. Como el vacío encerrado en la mano de un niño, no tienen verdadera esencia; como los vasos de arcilla que se rompen cuando se les toca, como las nubes de otoño que solo aparecen por un momento y después no vuelven a ser.”

La religión Cristiana, como la Budista, es profundamente pesimista y ha expresado su filosofía moral bajo una forma ingeniosamente mística.

Schopenhauer tiene un “modus operandi” de clasificar las religiones muy original: las clasifica de acuerdo al criterio de si son pesimistas o no; de aquí que el antiguo Helenismo y el Islam, son completamente optimistas y por tanto, indignos de un estudio concienzudo, pues sus principios son hojarascas vacías. En cambio la religión cristiana más de una vez ha revelado su profundidad: así, el mito cristiano del árbol del bien y el mal representa la afirmación en el querer vivir, de la cual es Adán la afirmación encarnada, y Eva el símbolo de una eterna posibilidad de la afirmación; y en quienes comienza la falta y el dolor. Más al parecer en el mundo el conocimiento hace posible la liberación, la negación del querer-

vivir. Jesús es esta negación encarnada, que se ofrece en sacrificio para obtener la redención. Adán representa las tendencias animales y finitas del hombre: Jesús es el hombre libre y eterno, y todo individuo esta virtualmente contenido lo mismo en Jesús que en Adán.

Schopenhauer con su impresionante sapiencia, encuentra su filosofía de la abnegación, que dicho sea de paso es la cristiana y la Budista des-parramada entre los sufíes persas, en los alejandrinos, en Scoto-Erígena, en los grandes místicos cristianos del siglo XVI, Eckard y Tauler; y posteriormente en Jacob Boehme, así como en Angel Silesia, el autor desconocido de la Teología alemana, hasta llegar a la Madame Guyons, quien en sus "Torrents" dolorosamente exclama:

"Mediodía de la gloria; día sin noche; vida en la muerte misma que no teme ya a la muerte, porque la muerte ha vencido a la muerte, y el que ha sufrido la primera muerte, no tiene porque temer una segunda."

Todas las religiones han enseñado, más o menos, la abnegación de sí mismo, pero solo las más perfectas lo han hecho categóricamente, de aquí que el Cristianismo no tenga rival en el Occidente: su único verdadero rival y superior es el Budismo, en el Oriente.

Dicho sea de paso Schopenhauer critica acerbamente, a las guerras intestinas de las sectas religiosas dentro del cuerpo doctrinario cristiano, ya que algunas de ellas como el Protestantismo, destruye el corazón de la Filosofía cristiana, cuando permite a sus pastores romper con el celibato. Por eso, el Catolicismo, es la doctrina cristiana por excelencia, ya que conserva la verdadera esencia del Cristianismo a base de la Castidad y Celibato absolutos.

D.— CONCLUSIONES COMPARATIVAS ENTRE SCHOPENHAUER, SCHWEITZER Y ARNOLD TOYNBEE.

Para concluir ahora nuestro estudio crítico sobre la Filosofía Schopenhariana deseamos estudiar dos grandes personalidades de los momentos actuales en relación con nuestro filósofo: uno de ellos será Albert Schweitzer, el noble pensador de Lambarene, y el otro Arnold Toynbee, conspicuo filósofo de la Historia.

a) Schopenhauer y Schweitzer:

Albert Schweitzer, es una de las grandes personalidades de nuestro mundo filosófico actual influenciada por nuestro sombrío pensador.

El doloroso cuadro presentado por Schopenhauer de la Voluntad de Vivir ciega y omnipotente, que se traza su propia vida de lucha fratricida

y su propio destino: la caza sin cuartel, el reinado del egoísmo y malversación de los seres, que se disputan cruentamente el espacio y la materia, es un cuadro, que al parecer, Albert Schweitzer, ha aceptado como un cuadro realmente existente. Por otra parte, Schopenhauer colocado frente a tan triste espectáculo humano, nos dice claramente, que la misión fundamental de la filosofía no es decir lo que los hombres deben hacer, sino lo que las cosas son y relacionarlas con su principio en sí, o sea, la Voluntad; y que frente a la tragedia humana, nos quedan sólo dos caminos a seguir: afirmar o negar la vida, y que cada cual es libre de escoger.

Presenta, después, los dos cuadros, el de la afirmación y negación de la Voluntad, y aunque él no lo diga explícitamente, se inclina por la negación indúe de la vida. Schweitzer prefiere en cambio la afirmación europea de la existencia, pero con reservas y críticas a la Civilización Occidental.

Así su teoría de la Reverencia por la vida, es por decirlo así, la pancea presentada a Schopenhauer, para amortiguar y quizás eliminar los dolores sin cuento de la humanidad: pretende Schweitzer, con esta teoría limitar el egoísmo reinante en el fondo de las criaturas vivientes, es decir, desterrar lo injusto y lo malo. Todos queremos vivir, dice Albert Schweitzer, desde el águila majestuosa hasta el más miserable de los gusanos.

De manera que establece, nuestro noble pensador austríaco, la Voluntad no debe ser considerada únicamente como Voluntad particular, sino también en su total universalidad. Pero nosotros necesitamos vivir y por ende respetar las voluntades ajenas; de aquí que la posición moral de Schweitzer surja del principio fundamental de su teoría por la Reverencia de la vida, y que consistirá en promover el Bien, lo bueno y lo justo, así como desarrollar plenamente los aspectos positivos de la vida; y lo contrario, el mal y la injusticia consiste en denigrar esa misma vida.

Como podrá verse la famosa teoría de la Reverencia de la vida, puede y debe considerarse como una de las respuestas dada al problema presentado por Schopenhauer; pero estoy perfectamente convencido de que nuestro filósofo alemán replicaría a todo esto diciendo a Schweitzer: "Vea señor, su actitud es muy bella, pero no resuelve nada, puesto que no puede pasar de la teoría; y si asimiló bien mi Filosofía, recuerde el principio: "Im esse nicht im operari liegt die Freiheit". Pero continuemos con Schweitzer. El filósofo de Lambarené, toma un corte decididamente religioso cuando concluye rotundamente, que él vive su vida en el Principio Supremo, o sea, la Voluntad, pues según el maestro todo es Voluntad, esa esencia misteriosa y divina que se constituye en base de la religión: debemos pues sentir hacia esa heteróclita esencia una sentida devoción espiritual en un profundo "misticismo activo". Solo por los derroteros de un "misticismo activo" puede tener la existencia un sentido preciso de la vida

y una profunda cosmovisión, así alcanzará su perfección ética individual, y se preparará a adelantar el proceso espiritual y material que debe ser actualizado.

La posición de Schweitzer es que debe venir un renacimiento mucho más grande que el acaecido a fines de la época medieval para los efectos de la liberación humana de esta miserable y obsesionante realidad; por tanto, concluye Schweitzer, me declaro precursor de este renacimiento, y lanzo el primer rayo de luz de un gran sol de esperanza que contribuya a despejar las sombras de nuestra tenebrosa edad. Punto seguido y Schweitzer se retira a socorrer a los misericordiosos en una selva de la tórrida Africa. Ya me parece oír decir a Schopenhauer después de todo ésto: "Es un santo más, pero no espere, que por ello la humanidad se redima. A la voluntad no se le puede proponer pactos".

Por otra parte, si Schweitzer ha creído que solo mejorando los individuos podemos mejorar a las instituciones, está indudablemente en lo cierto; pero, según Schopenhauer, ese no sería el problema central, sino puramente condicional y dependiente de éste otro: podemos mejorar al individuo?, que a su vez depende de la cuestión metafísica: podemos nosotros los hombres crear a la Voluntad de acuerdo con nuestras aspiraciones? No, indudablemente que no. Por lo tanto el fin de las instituciones no es desarroigar el Mal e imponer a manera de decreto soberano el Bien, porque ésto no es posible, sino únicamente limitar la natural injusticia en los casos que caigan bajo la esfera de la ley, ya que en los otros, es decir, las relaciones humanas que no estén sujetas a disposiciones legales se prestaría a actuar según el criterio de esa otra ley eterna: la ley de la selva.

b) Schopenhauer y Toynbee:

Si recurrimos a nuestros conocimientos de la historia de la filosofía, nos encontramos con que el primer sistematizador de la filosofía oriental, es precisamente, nuestro filósofo Arthur Schopenhauer, y hasta nos hace, a través de toda la exposición de su Filosofía pesimista la profecía de que la Religión oriental, es la llamada con el correr de los siglos a transformar la ideología del Occidente. Pregunto yo: No se estará operando ya este fenómeno? Recuérdese, primero son convertidos los intelectuales y luego éstos llevan el nuevo credo a las masas a través de obras expositivas, principios, poemas y mitos.

Toynbee es un intelectual convertido, puesto que siendo occidental se siente dispuesto como Arthur Schopenhauer a colocar la religión oriental por encima de todas las otras religiones del planeta. "Se me ha educado", nos confiesa nuestro pensador inglés en sus propósitos, "conforme a la creencia de que el Cristianismo era la única revelación de la verdad total. He llegado a creer que todas las religiones y filosofías históricas son reve-

laciones históricas parciales de la verdad, en uno u otro aspecto. Creo, en especial, que el budismo y el hinduismo pueden dar una lección al cristianismo, al islamismo y al judaísmo, en este mundo único en el cual nos vemos sumidos gracias a la aniquilación de la distancia”.

Pero ésto no quiere decir, y en esto Schopenhauer y Toynbee están completamente identificados, que las otras religiones, fuera de la oriental no tengan ningún valor, puesto que todas las religiones tienen sesgo de verdad, lo que sucede es que unas se acercan más a los misterios de la Existencia; y es de notar para engrandecer mas aún la aureola de gloria que bordea el pensamiento oriental, que ésto no es exclusivista (a pesar de ser la más verdadera), ya que humildemente acepta que otras religiones puedan estar cerca de la verdad; y no hace exhibición, como el cristianismo, el Islamismo o el Judaísmo, de una intolerancia presuntuosa, ya que imagina que son ellas las únicas y verdaderas religiones.

La mejor sería como recomienda Toynbee, y como ya lo había hecho sistemáticamente Schopenhauer, comprender las religiones ajenas, la nuestra, y así saldremos ganando en vez de perder.

Según Toynbee, el tono dominante del hinduismo lo constituye su indiferencia metafísica. El índice de esta actitud lo da la famosa lección de Khrisna al héroe Arjuna (lección que el mismo Schopenhauer cita en su obra, y exactamente para poner de relieve esa misma indiferencia metafísica) al comienzo del Bhagavad-Gita, en el cual el Dios procede a una liquidación intelectual de los escrúpulos morales de Arjuna, que no se decide a dar la batalla. Khrisna convence a Arjuna que no debe sentir pena por los hombres que van a morir, puesto que en esencia, son inmortales y volverán a nacer. La misma dominante reaparece en el tema de la danza cósmica del Dios Siva.

El gran mérito de la Filosofía oriental, fuera de haber explorado el sub-consciente como ninguna filosofía occidental del pasado e incluso de la actual lo ha hecho, es el haber concebido y aceptado la necesidad primordial de nuestra época, de la instauración de una sociedad universal humana. He aquí pues, un homenaje rendido por Toynbee a los orientalistas que sabrán apreciarlo en todo su inmenso valor.

El principio rector de este humanismo oriental tan glorificado por Toynbee, y no sin razón, consiste en la aceptación de la espiritualidad humana, y en el mutuo amor de las criaturas vivientes: el filósofo oriental acepta las leyes de la vida y trata de perfeccionarse a sí mismo y perfeccionar a los demás, y llegar así a la reconciliación perfecta por medio del conocimiento benefactor.

Es pues, un imperativo considerar al hombre en relación con sus necesidades sobre la faz de la madre tierra; en sus relaciones con su necesidad

sentimental de adorar profundamente cielo y divinidades; hay que considerar al hombre en cuanto a sus relaciones con las demás cosas y seres creados, sus hermanos, para luego entonces, partiendo de la Moral, la virtud, la Filosofía, las artes, las ciencias, las letras, la Política, la Sociedad, y la Economía, tratar de alcanzar las diversas etapas y grados del conocimiento natural y por ende lograr la suprema y total indiferencia metafísica, Sumum Bonum de los Orientales. El noble humanismo de los filósofos orientales, va dirigido a considerar con sacrosanta benevolencia las aspiraciones del pueblo de acuerdo con los principios supremos y naturales del Cielo y la Tierra, los cuales todo lo comprenden y albergan en su seno.

Los hombres primitivos vivieron en la simplicidad natural como lo determinaba el cielo, por doquier la naturaleza hacía gala de sus bellos astros y vegetación florida; por eso el pueblo pide que se considere sus sentimientos naturales; y se creyó también que conociendo sus propios sentimientos se conocía también el sentimiento del resto de las criaturas existentes, llegando a la conclusión de que todos somos hijos y hermanos, aún los animales, y por consiguiente sería un imperativo ético mostrar afectuoso interés por todo lo existente. De esta manera, y poco a poco, se llegó a la concepción de la sociedad humana, en donde todo se acomoda a las normas de la razón sin ninguna especie de recriminaciones, y es así como queriendo alcanzar la esencia de la vida eterna, se llegó a comprender el designio de la humanidad, y crear, en consecuencia de ello, su solidaridad. Tal es la filosofía social oriental, tal es Toynbee, y tal es Schopenhauer: la unión intelectual de ambos pensadores ha sido consumada por esa profunda filosofía oriental, la cual ha comenzado a dejar sentir sus poderosos efectos entre los faustos del Occidente, "vacío de espiritualidad", según expresión misma del filósofo inglés.

Ahora bien; por lo que a Schopenhauer respecta dejemos que sigan transcurriendo serenamente los siglos, y ya constatarán las generaciones venideras como la obra de un verdadero maestro seguirá surtiendo sus benefactoros efectos a través de la historia del pensamiento.

La obra de un verdadero filósofo al estilo de Arthur Schopenhauer, no necesita de las propias alabanzas ni de las ajenas, porque la mejor y único medida del valor de una verdadera obra es que ésta se siga sosteniendo a despecho del embate de los siglos: la obra del genio de pura raza al igual que aquellos meteoritos incandescentes que surcan vertiginosamente el espacio, se trazará su propia vía de fuego, y aunque en algunas etapas del devenir histórico humano ella se ignore o se quiera simplemente desconocer, ésta volverá a dejar sentir su poderío en los subsiguientes periodos influyendo de esta suerte en los más nobles individuos de la raza humana, los cuales la plantearán y discutirán nuevamente.

La razón de que la obra de un verdadero genio del pensamiento se conserve eternamente lozana y joven se debe a que su autor, no pensó para un decenio histórico determinado, ni para formar escuela o adoctrinar a un adúlador séquito de seguidores; tampoco pensó en términos de su generación, él pensó y escribió únicamente para colocar ante los ojos de la humanidad cada vez con perfiles más definidos la austera fisonomía de la verdad; él pensó y escribió con el último propósito de asegurar una eternidad a sus pensamientos. Ser filósofo no significa, como creen algunos ilusos, escribir a base de una bibliografía pedantes obras, ser filósofo significa reconcentrar en un propio y único dolor toda la inmensa tragedia de la eterna problemática humana en el universo: las verdaderas obras entonces brotarán o emanarán con necesidad inexorable de los flujos y reflujo del corazón del noble pensador, que hoyo tenido el coraje de hacerse del mundo un problema el cual exige una sincera y pronta solución. Y cuando un hombre de este formato, pongamos por caso un Schopenhauer, contempla el mundo desde este desinteresado punto de vista, ¿qué importarán entonces los superfluos deseos de realizaciones que anidan atropelladamente en el corazón de todo individuo. . . ? ¿qué sentido obtiene entonces nuestras preocupaciones sobre el vacío anhelo del reconocimiento por parte de nuestros contemporáneos. . . ? ¿Para qué pues armar tanto barullo. . . ? Barullo en verdad no hace el que piensa para la humanidad, barullo hace el que escribe solo para su tiempo, para el decenio histórico en que vive porque él desea tan solo ser admirado por parte de aquellos que no piensan por cabeza propia: y el barullo que forman, dicho sea de paso, no lo hacen tampoco a humo de pajas; estos amañados pensadores, sean designados con nombre genérico de una vez por todas: filibusteros del pensamiento, esperan sacar algún provecho material o alguna falsa gloria de la confusión provocada; estos filibusteros desgraciadamente es lo que más abunda en los predios del mundo, pues nuestra madre Natura los engendra con gran profusión; en cambio, en relación a hombres de la madera de Arthur Schopenhauer la naturaleza se comporta egoístamente y por eso tenemos nosotros que esperar siglos enteros para poder palpar uno de ellos como una viviente realidad: por eso, cuando tengamos oportunidad de conocer a uno de estos hombres no lo ignoremos, sino que aprovechemos sus enseñanzas, aunque sea a través de sus libros.

Con ésto concluyo pues, mi Conferencia y sinceramente convencido a priori, de que he cumplido con lo que realmente me proponía, a saber: tributar mi homenaje a la memoria y enseñanzas del viejo maestro ante nuestra culta sociedad panameña.

Panamá, 8 de Noviembre de 1963.